“Parte cuarta”

p. 35-46

Cristóbal Gutiérrez de Medina

Viaje del Virrey Marqués de Villena

Don Manuel Romero de Terreros (introducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Historia

1947

92 p.

Figuras

(Primera Serie 3)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de noviembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/003/viaje_virrey.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

PARTE CUARTA

§ 1

Con esta alegría común se navegó en demanda de la punta de la aguada, la vuelta del Oeste, donde a media noche se reparó por no propasarla, y a dos de Junio, al amanecer, se hizo vela en su demanda, de suerte que a las tres de la tarde se dió fondo en su Puerto, que fué Puerto alegre para toda la flota. Saltaron todos en tierra alegres, abrazándose unos a otros, dándose cuenta los amigos de lo que habían pasado en sus naos, y porque todos los disgustos de la mar y desafíos se guardan para tierra, mandó Su Excelencia que ninguno saltase en ella con armas, con que se previnieron pesadumbres y desgracias, que otras veces han sucedido. Echóse toda la pipería y botijería en tierra y gente para cortar leña, y de corros diferentes se pobló aquella isla desierta con regocijos, bailes y músicas. Es esta isla, Señor, la más amena que tiene las Indias, muy fértil de agenjibre, tabaco, plantanos, palmitos, zapotes, mameis, naranjas, aves; y de aquellos animales, que parecen mal y saben bien, hay tanta cantidad que si el hijo pródigo hubiera venido por estos montes, tuviera bien en qué lograr su humilde ocupación; andan a manadas campesinos y los coge quien quiere, de suerte que a tres y cuatro reales se vendían, de cuatro o seis arrobas, y es la carne tan buena que se puede dar a los enfermos. Hay muchas aves, pavos y gallinas de Guinea pintadas, cañamonadas,

y la cabeza como perdices de España. Bajan por enmedio de esta isla dos ríos de agua dulce que entran en la mar, sus márgenes tan bien vestidas, que ni las riberas de Tajo ni los países de Flandes son tan amenos. Vino Su Excelencia con el General y Su Ilustrísima, y el Obispo de Yucatán y el de la Nueva Vizcaya con sus falúas, dos veces entrando por el río grande que sube seis leguas, tan ameno de naranjos, palmas y árboles altísimos de la tierra, que sus ramas entretejidas con diversidad de flores hacían cubierta por las más partes del río, sin haber parte por las márgenes que no estuviese vestida de esta librea. Y una de dos veces que Su Excelencia entró por este río con tan lucido acompañamiento de señores Obispos, General, Almirante y Capitanes con música de instrumentos y de voces, subiendo el río arriba, vieron por entre las ramas a lo lejos una cabaña de indios con lumbre. Picóles la curiosidad, desembarcándose para ir allá y hallaron una mestiza parida de un niño y, por no perder ocasión Su Excelencia de hacer bien y honrar, determinó que el señor Obispo de la Puebla de los Angeles bautizase aquel ángel y Su Excelencia fuese padrino; y así se hizo, dándole al niño, para mayor empeño de su liberalidad, su mismo nombre de Don Diego López Pacheco; y tomando memoria del bautismo, les dió a sus padres no pocos doblones y encargó criasen a su ahijado con cuidado y acudiesen a Su Excelencia para su remedio, haciendo vínculo de beneficios la dádiva de su nombre; que por esta obligación de dar el nombre, Augusto César se halló obligado a dar gran suma de dineros a Tiberio y a Libia; y por esto se dice en la ley *Facta § si in danda D. ad Trebellian, non in utilis est nominis ferendi conditio*, y en la ley, *hoc jure § ult. D. de Donat*, se manda dar doscientos escudos aquel que prometiese o jurase tomar el apellido de otro, y en la ley *Dum filius § Pater D. delegat, 2*, uno que se llamaba Sempronio hizo una mejora a un nieto suyo por su nombre; la cláusula del legado decía: *Sempronio: Nepoti meo plus tribuas in honorem mei nominis*; y el famoso Liconio hizo otra cláusula de esta suerte: *quae in urbe et*

aegina habeo, Lyconi fratri, precipua do, quod is nomen ferat nostrum, obligación que aun en el mismo Dios debió de reconocer ejecutada Su Excelencia por el dicho de David, *Psalm. 22, Deduxit me super semitas justitiae propter nomen suum*; y sobre este lugar, Eutimio y Nicéforo reconocen a este título los beneficios divinos con estas palabras: *Propiar hoc quod nomine Dei vocor, cor videlicet in me Deus beneficia connessit*, y como Su Excelencia tiene tanto de Dios, dió su nombre para quedar obligado haciendo de la misericordia justicia y del favor obligación.

§ 2

Celebrada esta tan particular acción, hecha el aguada, lavada la ropa de los pasajeros, reparado el matalotaje y habiendo escrito Su Excelencia a España con una urca que desde allí fué a Santo Domingo, disparando nuestra Capitana pieza de leva, siguió Su Excelencia su viaje y, a cuatro del dicho mes, salió la flota en demanda de las Islas de la Mona y el Monico, la vuelta del Oeste cuarta al Sudueste, y a puestas del sol, las fué prolongando y, otro día, cinco del dicho mes, se dió vista al cabo de San Rafael, y la vuelta del Sudueste se dió vuelta a la Saona, Isla de Santo Domingo, yéndola prolongando todo el día al Oeste, y de noche, la vuelta del Oes-Sudueste, por dar resguardo a la tierra, la cual se fué prolongando hasta cabo de Tiburón. Tiene esta Isla ducientas leguas de largo. Y a ocho del dicho mes, se salió de este cabo, la vuelta del Oeste cuarta al Sudueste, en demanda de la punta de Morante y, por no haber dado vista la tierra este día y dar resguardo a las Ranas, por ser un bajo muy peligroso, se hizo reparo hasta el día y, a nueve del dicho mes, se tomó la vuelta del Oeste cuarta al Noroeste, hasta el sol puesto, que por la mucha brisa estaba la tierra muy abromada; y hallándose nuestra flota doce o catorce leguas de la punta de Morante, que es la Isla Jamaica, la cual se fué prolongando por ser de noche, a la vuelta del Oeste cuarta al Sudueste,

y otro día, a la vuelta del Oesnoroeste, hasta estar tanto avante como la punta de Pereda. Tiene esta isla 45 leguas de largo, de donde se salió, la vuelta del Oesnoroeste, en demanda del Caimán Grande, y no pudiéndole dar vista esta noche, reparamos y otro día, diez del dicho mes por la mañana, descubrió el gaviero desde el tope el Caimán Grande, y se siguió esta derrota del Oesnoroeste, y a otro día se pesó el sol, y por haber tomado menos altura que el día antecedente, por ser el viento a bonanza y correr las aguas mucho la vuelta del Sur, se determinaron los pilotos mayores ir a reconocer la costa de la Habana, y la descubrimos a trece de Junio, Isla de Pinos y los Organos, yendo prolongando esta costa al Oeste cuarta al Sudueste, por ser de noche; y otro día, la vuelta del Oeste cuarta al Noroeste, hasta dar vista al cabo de Corrientes, llevando siempre una vela de enemigos por popa de nuestra armada, que dió que pensar, teniendo por cierto que venía a reconocer. Y en descubriendo el Cabo de Corrientes, envió Su Excelencia a tomar lengua con la Saetía a unos soldados que están allí de guardia, los cuales se embarcaron en una canoa con nuestra Saetía y vinieron a besar la mano a Su Excelencia, dando noticia cómo por aquellas costas andaban cuatro o cinco velas de enemigos corsarios. Y a los 15 de Junio por la tarde, deseoso Su Excelencia de toparlos, salió del Cabo de Corrientes en demanda de la sonda del Cabo de Catoche y otro día, a los diez y siete de junio, se descubrió la tierra de Cabo de San Antón por popa, yendo en seguimiento de nuestra derrota; y este día por la noche entró el viento por el Sursueste con tormenta y aguacero tanto, que los pilotos mayores no se atrevieron a entrar en la sonda; y eran tantos los golpes de mar, que subían por la cubierta y apagaban los fogones, de suerte que no se pudo guisar nada aquel día. El mar bramaba, las maderas crujían, los árboles temblaban y con ellos la gente, viendo la confusión de las otras naos; aunque la fortaleza de nuestra Capitana daba seguridad, y el llevar, como Amiclas al César, en nuestra barca con tan grandes reliquias una de las espinas de la Corona

de Cristo, un dedo de la mano de San Andrés (que toda entera es Mayorazgo de su casa), hilado y leche de Nuestra Señora y su Imagen Santa, de mano y pincel de San Lucas, a que se juntaban las oraciones de todos, porque es verdadero aquel consejo: “Si quieres saber orar, éntrate en la mar”, donde se notó harto el aliento e igualdad de ánimo constante del Marqués mi Señor. Y aunque en esta tempestad pudiera Dios hacernos mercedes y favores por tantas reliquias, apaciguándola, lo reservó Su Majestad para honrar a su muy devoto siervo el Padre Fray Matías Cencerrado, Predicador de San Francisco, el cual dió su alma al Criador a las doce del día, y echándole a la mar a las dos de la tarde, al punto se puso el mar de leche y cesó la tempestad. Y aunque se le ataron al cuerpo difunto dos botijas llenas de agua, para que se fuese luego a pique, se fué sobre el agua hasta que no le pudo alcanzar la vista, para hacer preguntar y reparar: ¿quién es este a quien los vientos y la mar obedecen? *qualis est hic, quia venti & mare obediunt ei?* Era este religiosísimo Padre de muy buenas letras y talento de púlpito, de santidad afable y prudencia cortés, y de sólida virtud. Por lo cual Su Excelencia le estimaba y amaba tiernamente, mostrándolo con lágrimas en su muerte y entierro, por haber perdido en un hombre solo el ejemplo de todas las virtudes, que fué lo que lloró San Gerónimo en una de sus Epístolas por la muerte de Blesilla: *quis dabit capiti meo aquam & oculis meis fontem lachrymarum, & plorabo non ut Ieremias vulneratos populi mei, neque ut Iesu miseriam Ierusalem, sed plorabo sanctitatem, misericordiam, inocentiam, castitatem, plorabo omnes pariter in unius morte defecisso virtutes.* Tuvo, a lo que se entendió, conocimiento de su muerte porque, visitándole yo la primera vez, me dijo: “Hermano, yo me muero muy contento”, y añadió, puestos los ojos en el Cielo: *In pace in id ipsum dormiam & requiescam quoniam tu Dñe in spes singulariter constituisti me.* Hízosele su entierro con canto de órgano, con nuevas lágrimas de Su Excelencia y ansias de todos por alcanzar de sus reliquias y imitar su santidad.

§ 3

Este día se hizo vela, la vuelta del Oeste y se tomó sonda, a las 6 de la tarde, de 232 brazas; y luego, gobernando la vuelta del Oeste, se tomó de sonda 34 brazas, y por esta derrota hasta media noche se tomó el mismo fondo. Conocióse ser la sonda de la Isla del Alacrán, gobernando de esta suerte hasta ponernos en la Canal. Estando pues en la Canal por este tiempo, por los muchos soles de laguada, destemplanza en la bebida, deseada mudanza de mantenimientos y frutas, enfermó muchísima gente de nuestra flota, particularmente en el Almiranta, materia conforme a la mucha caridad que mostró el señor Obispo de la Puebla, Don Juan de Palafox, visitando y consolando a todos con caricias fervorosas y regalos. Y de sola su familia llegó a tener 36 enfermos, muriéndose un Capellán y otro criado; y en nuestra Capitana hubo harto número, para ocasionar liberalidades y merecimientos al Marqués mi Señor, que mandó que de sus gallinas, carneros, terneras y dulces, se diese lo que pidiese el enfermero, y repartiesen a los enfermos de las demás naos, aunque faltase para Su Excelencia; y mandó a su médico, el Doctor Sosa, Catedrático de Vísperas de Alcalá y su Colegial Teólogo, los visitase y curase y diese las medicinas necesarias de su botica, que traía muy costosa; y lo mandó a su cirujano, y esto se ejecutó de manera que llegó Su Excelencia por muchos días a comer carne salada de cecina, siendo verdad que embarcó dos mil gallinas, doce terneras y 200 carneros en su nao, sin las que llevó su familia a las suyas, y seis baúles, de vara y media, de dulces, sin gran número de cajas, pipotes, yorzas de almíbares, y muchas cajas de bizcochos, cubiertos y tostados; siendo verdad que de lo demás de bizcocho, jamones, arroz, fideos, lentejas, castañas, garbanzos, vino y pasas, y otras cosas, quedó sobrado para otro viaje; y Su Excelencia, con su mucha caridad, tomó prendas de su salvación, que en esta materia nunca las pierde

El castillo de San Juan de Ulúa en 1590, según Juan Bautista Antonelli.

su mucha liberalidad con los pobres. *Dispersit dedit pauperibus justitia ejus manet in seculam seculi.* Contando las velas, se halló menos nuestra Saetía y el Patache, que llaman Hierro viejo, y la Serena que, apartados con la tormenta, encontraron con las 6 velas de enemigos de que había sido avisado Su Excelencia, las cuales nos venían siguiendo por la popa, como cuatro leguas al Oessudueste, por la banda de estribor; y se presumió ser nuestras naos que se apartaron con la tormenta, pero con todo eso, por orden pródida y solícita de Su Excelencia (que más parecía General experimentado que nuevo Virrey), previniéndose todo a guisa de pelea, cargada de artillería y zafa la nao, dividida la milicia y pasajeros por cuarteles, al cuarto del alba se oyó pieza por la banda de estribor y muchos fusiles, y luego más piezas por el farol de la Almiranta, y al mismo tiempo nuestra Capitana sola dos veces viró sobre el enemigo, por parecer y aliento del Marqués mi Señor, que prometiendo su valor la presa cierta sin riesgo, sin dar por bastantes las excusas que, siguiendo las órdenes generales, intentaba el General, hizo instancia Su Excelencia para que se siguiese su resolución, que tan sin impedimentos la juzgaba su prudente determinación, con que seguía el alcance de las naos del enemigo, con grandes deseos de que probasen su valor. Viró sobre el enemigo con grandes deseos de darle alcance hasta las nueve del día que, por no perder el fondo de la sonda, pesante de verlos huir, se siguió el rumbo de nuestro viaje. Contáronse las velas y hallóse menos nuestra Saetía, la cual con su ligereza se escapó del enemigo y llegó un día antes que nosotros a la Veracruz, y acercándose el Patache, dijo cómo con la nao Serena estuvo a tiro de cañón con las seis de los enemigos, y les dieron dos rociadas de mosquetería, y llamándoles la Serena con los lenzuelos y diciéndoles baldones, con ser seis no se atrevieron contra dos. Esta noche Su Excelencia no se quiso desnudar ni acostar, haciendo el oficio de buen superior, que vela cuidadoso para que los suyos duerman descuidados; y al primer ruido de guerra, fué el primero que salió a lo alto de los corredores

de popa, azorando los ánimos de todos con su valor, deseando la ocasión de la pelea con seguridad de la vitoria, prometiendo a los soldados y mostrando cadenas de oro y joyas de mucho valor, que mandó traer, para que a su vista se alentasen a particulares hazañas, encendiendo los ánimos con premio y honra, ejemplo de su valor. Y fué tanto el brío y aliento suyo, que con su presencia ninguno hubo cobarde, pues fué el primero que previno sus armas dobles, espada ancha de abordar y rodela, diciendo le pesaba mucho que le huyesen los enemigos, por perder la gloria de vencerlos, con tanto aliento y gallardía, que dijo un pasajero discreto: “Cómo se echa de ver que este Señor tiene mucho de la sangre de los Reyes Católicos, pues tiene de Carlos V el valor, de Felipo II la prudencia, de Felipo III la santidad y modestia, de Filipo III, el Grande, la grandeza y actividad advertida.” Aquí despachó Su Excelencia a Don Pablo de la Torre, Gentilhombre de su Cámara, en un Patache, con el aviso de su llegada a este reino, siendo recibido por los lugares que pasó con tal gozo, que antes la publicaban repiques de campanas y chusma de gentío alborozada que se pudiesen leer las cartas.

Echando el escandallo y hallando 32 brazas de sonda, se fué gobernando por la Canal al Oeste por 21 grados y medio, yendo a desembocar, por entre el triángulo, Isla de Arenas, y habiendo desembocado se fué gobernando la vuelta del Oessudeste, y otro día, la vuelta del Sudueste cuarta al Oeste, y a 24 de junio a las 8 de la mañana, desde el tope, dieron voces los marineros diciendo: “¡Tierra, tierra!” con tanta alegría de todos, que hubo personas que lloraron de contento. ¡Oh Señor, si los hombres deseáramos el cielo como la gente de mar desea ver la tierra! Con esto, andando la vuelta del Sudueste, descubrió el volcán de Orizaba, el Cofre de Perote, las sierras de la Villa-rica y, por la banda de babor,

las sierras de San Martín. Y a las tres de la tarde, con algazara y contento de todos, se dió vista a la Fuerza de San Juan de Lúa que disparó una pieza, reconocida nuestra flota, y arrimándose con singulares demostraciones de su alegría a tierra, iban descubriendo los bajos que están sobre el Puerto y éntran por el arrecife que llaman la Gallega. Dióse fondo día de San Juan, a la oración, media legua del Fuerte, saliendo muchos barcos a poner balizas, que son unas astas largas con banderillas, que, puestas por dos bandas, hacían calle a la flota, mostrando la canal con seguridad de los bajos. Y al haber salido de Cádiz día primero de Pascua y haber entrado al puerto deseado día de San Juan, gozoso un pasajero dijo esta redondilla al Marqués, mi Señor:

“Los pasajeros os dan
parabién de haber llegado,
porque vos les habéis dado
buena Pascua y buen San Juan.”

Y otro día, por la mañana a las 8, dieron fondo todas las naos y se amarraron al fuerte, que hizo salva con veinte y tres piezas con respuesta de cinco de nuestra Capitana, dando gracias a Dios con *Te Deum Laudamus* con mucha música, de que toda la flota hubiese llegado con felicidad a salvamento.